

—hagar para ser más exactos— a conocer de cerca a esta ejemplar y legendaria habitación humana, a este roble forjado en el trabajo y en el dolor, a esta dama todo corazón y fortaleza.

La casa de Doña Adela siempre ha sido una insatisfecha intriga, un enigma que con su sola mención, magnetiza, atrae, despierta curiosidad, provoca el ansia de saberlo todo en torno a esta residencia sita en los alrededores del Mercado Central de nuestra capital. Pues bien, Guillermo Jiménez —este calificado pintor, siempre cordial y de buen humor— tuvo la gran ocurrencia. Por darnos la biografía de su abuela, de su casa y de su estirpe, nos ofrece al mismo tiempo un fragmento biográfico de San José. Por pintarnos un cuadro familiar nos retrata toda una imagen de nuestra principal ciudad. El narrador en ciernes —por cierto con muy buen inicio— sigue siendo pintor en este caso ni surrealista ni geométricista, en este caso paisajista, con el encanto de los primitivistas. ¡En el retablo de su amada abuela nos da el retablo de medio siglo de nuestro amado San José!

El libro ofrece una excelente presentación escrita por María Rosa de Bonilla, quien debería con más frecuencia regalarnos sus aciertos literarios.

Ni apología ni panegírico escribió Guillermo Jiménez. Desempolva los huesos de sus ancestros al tiempo que remueve las cenizas de un pasado lleno de fulgor histórico. No trata de ocultar de soslayar aquello que podría considerarse como los tra-

pos íntimos de la familia y que por tanto no deben exhibirse al vecindario.

Esta sincera actitud le da un valor de gran autenticidad a lo expuesto en esta biografía.

¡Y qué decir de doña Adela! Dama de una sola pieza en perenne lucha en dos frentes: puerta adentro de su casa, es el eje de toda una familia; ella es la savia y el motor, sufrida pero siempre enhiesta, sin retroceder en el combate; puerta afuera, es la dama ejemplar, la empresaria que construye carreteras y edificios; depositaria del consejo oportuno y sabio, peldaño firme de políticos, timón de una fábrica de la que dependen familias de obreros y que se constituye en un firme bastión de progreso nacional. Por cierto ¿le habrán hecho los ingenieros o los arquitectos algún reconocimiento? ¿o los estudiantes de la Facultad de Ingeniería? ¿o los del Tecnológico?

Doña Adela fue madre en todos los momentos y en todos los horizontes: en su familia, en su fabrica, en su vecindario, en las tragedias que estremecieron el cotarrio de aquellos días, Don Ricardo Jiménez Oreamuno, que además de hábil político supo acuñar frases certeras y antología dijo que ella: "es el primer hombre de Costa Rica", y don Pepe Figueres, siempre oportuno y preciso, agregó y lo sigue siendo" Ante tan autorizadas afirmaciones, los comentarios sobran.

Enrique Tovar

Doña Adela
Guillermo Jiménez Sáenz
Impresos Jiménez & Tanzi
Ltda.

1981, 150 páginas

El legado más grande que Guillermo Jiménez Sáenz pudo proporcionar con este libro, es el haber abierto la puerta de la casa de Doña Adela y permitirnos entrar